



MAPOCHO

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE

SUMARIO

- Guillermo Feliú Cruz: LOS IDEALES DE UN EDITOR ● Antonio Camurri R.: LA ESTRUCTURA FÍSICA DEL UNIVERSO ● Ignacio González Ginouvé: REFLEXIONES ACERCA DE LA MISIÓN UNIVERSITARIA ● Mariano Ibérico: EL SENTIDO DEL TIEMPO EN LA POESÍA DE CÉSAR VALLEJO ● H. A. Murena: EL JUEGO PELIGROSO ● Amanda Labarca: EL ARTE Y LA CIENCIA DE SER MAESTRO ● Eugenio Pereira Salas: AMANDA LABARCA, MAESTRA ● Isidora Aguirre: LOS PAPELEROS ● Carlos Orrego Barros: ALBERTO ORREGO LUCO ● Juan Rivano: LA AMÉRICA AHISTÓRICA Y SIN MUNDO DEL HUMANISTA ERNESTO GRASSI ● Eliana Navarro: POEMAS ● ABASTECIMIENTO ALIMENTICIO DEL GRAN SANTIAGO Y SU RELACIÓN CON LA COMUNIDAD ● Carmen Abalos: CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE Y CECILIA MEIRELES, DOS POETAS DEL BRASIL ● Raquel Barros y Manuel Dannemann: GUÍA METODOLÓGICA DE LA INVESTIGACIÓN FOLKLÓRICA ● Guillermo Araya Goubet: DIMENSIONES SEMÁNTICAS DEL LENGUAJE ● Martín Heidegger: LÓGOS Y MOIRA ● Pierre Rousseau: ¿SE PUEDEN PREVER LOS TEMBLORES? ● Juan-Agustín Palazuelos: LA VISITADORA ● Mario Ferreccio Podestá: LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. TEORÍA E HISTORIA ● Notas bibliográficas ● Notas y documentos ● Bibliografía chilena

Organo de la Extensión Cultural

Los ideales de un editor

La revista *Mapocho* surgió como una obligación de la Biblioteca Nacional, a fin de convertir en una realidad la vigorosa acción desplegada por su Extensión Cultural, acreditada únicamente por la calidad de su labor.

Por otra parte, el criterio que ha presidido la revista, la impuso de inmediato. Conviene que explique el ideal que me ha guiado en la publicación. Me ha tocado en suerte dirigir en diversas épocas importantísimas revistas. Heredé la dirección de la mejor revista que hace cuarenta y un años editábase en nuestro mundo intelectual: la *Revista Chilena*, fundada por un espíritu superior y de una cultura extraordinaria, Enrique Matta Vial, a quien debo la conducción severa de mi formación intelectual. Ocho años tuve a mi cargo el *Boletín de la Biblioteca Nacional*. Un tiempo me correspondió dar a luz el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*. Los *Anales de la Universidad de Chile* fueron elevados a un gran crédito en el período de otros ocho años que me tocó dirigirlos con la colaboración valiosísima del profesor y escritor Juan Uribe Echevarría. Los *Anales* alcanzaron, por su carácter de revista amplia y abierta a todas las

inquietudes espirituales, la condición de ser una de las mejores revistas chilenas, si no la mejor.

¿Cuál o cuáles han sido las experiencias que he recogido en la dirección de estas revistas especializadas y de carácter general? Una de ellas es la primera que debo consignar. El ideal de un editor debe ser la comprensión de lo que interesa al público. ¿Cómo resolver el problema de la comprensión del editor con el del público lector? El editor es el índice justo, exacto, de la cultura del público. Tiene esa cultura media. Lo que él entiende, será entendido por todos; lo que él estima de interés, de actualidad, de oportunidad, coincide ordinariamente con el del público a que se dirige la revista. El gusto literario del editor ¿es también el del público de la revista? Habrá casi siempre, o siempre, una apreciación congruente. La identidad en el juicio del editor y el del público, reside en ese término medio cultural de la formación intelectual que hay en todo país donde la enseñanza se ha desenvuelto conforme a los moldes humanísticos y científicos.

Como director de revistas, nunca he olvidado lo que en sus memorias dijo el fundador de la *Revue de deux Mondes*, Francisco Buloz: “el artículo que no entiendo, nadie tampoco lo entenderá; lo que no deja en mí la sensación de originalidad, nadie la encontrará; la belleza, la corrección de las formas, la profundidad de las ideas, la superioridad del estilo, si a mí no se me representan, tampoco esos méritos los advertirán otros”.

Cuando comenzó a imponerse la revista en el exigente mundo literario francés, las normas de Buloz parecieron de un autoritarismo intratable, como se las calificó. Pero antes de mucho ese público se dio cuenta de la rara habilidad que tenía ese director para discernir del mérito de los artículos que aparecían en la publicación. La verdad es que la sensatez es la mejor dirección de una revista.

El público tiene sus gustos. Las revistas inglesas y en seguida las francesas, han debido luchar demasiado para llegar a la fisonomía de la revista amplia, de cultura general, de información universal, que es la que busca el público ilustrado. Le interesa lo literario como creación y como arte; quiere informarse acerca de los avances de la ciencia, anhela saber lo que ocurre en todo aquello, en todo ese mundo infinito —mar sin orillas—, que el diario y la radio, con sus noticias breves, le hieren la imaginación.

Mapocho —no lo ha dicho, porque ello era ocioso— quiere hacer algo en tal sentido. Hay un público culto en Chile que busca ser instruido en estos mismos aspectos. Es por lo demás este tipo de la revista el que siempre ha hecho falta en Chile. O se ha inclinado a lo literario principalmente, o se ha especializado en demasía, o se ha politizado. Si ha asumido un carácter cultural amplio, en el fondo es en defensa de una ideología. El público rechaza la imposición de doctrinas y creencias. Prefiere no leer, a que se someta su pensamiento a influencias que no está dispuesto a recibir.

El éxito sorprendente que alcanzó la difusión de la *Revista Chilena*, fundada por Enrique Matta Vial y dirigida en seguida por mí, y el aprecio excepcional con que fueron recibidos y buscados los *Anales de la Universidad de Chile* debióse, además de la calidad de los estudios allí publicados, ensayos completos sobre las más diversas materias, a la absoluta libertad con que en esas revistas fueron tratados los temas que allí se dieron a conocer. Era el lector quien formaba su juicio, quien discutía sus puntos de vista con el autor. Son éstos los diálogos que constituyen lo más precioso en una revista de tipo cultural medio.

El título de la revista indica lo que aspira a representar.

Mapocho es el nombre de un río cuyas primeras aguas cristalinas nacen en las alturas cordilleras del Cerro del Plomo. Brota el caudal en la montaña que hace el contrafuerte en que se afinca la tierra chilena para no hundirse en las aguas del mar océano Pacífico. Ya el nombre, su origen, es un símbolo de chilenidad rotunda. Es varonil. Porque recuerda la entereza del roto bravío y sufrido, la del pije corajudo, macho y soberbio; evoca al caballero del campo, cuyas tierras riegan las aguas todavía limpias que juegan y cantan saltando sobre las piedras en el desgredado cauce mapochino. El caballero de esos campos sabe hacerse huaso y el huaso convertirse en caballero en las tierras buenas que nutre el Mapocho. El río atraviesa la urbe capitalina del Santiago del Nuevo Extremo. Sus

aguas la refrescan de sus pasiones y también se enturbian con lo sombrío de sus pesares. El Mapocho es la arteria vivificante de la capital santiaguina. La ciudad que atraviesa el río es el corazón de Chile. Mapocho, tierra de gentes es, pues, Chile, y Chile quiere decir hombría, patriotismo, dignidad, aspiración a la grandeza por la superioridad de la cultura y de la acción. La revista *Mapocho* aspira a ser todo eso en el testimonio escrito de un ideal definido que fortalezca los espíritus.

Su nombre es un símbolo, y como tal una esperanza.

Los tres números que se han editado han merecido del público y de la crítica opiniones franca y decisivamente halagadoras, pero que comprometen a perseverar en el empeño de mantener cada vez mejor la dignificación de la revista. Los dos primeros números se han agotado prácticamente. ¿Qué indica este hecho? La sugestión ejercida en la mente del público por una revista que le habla de la patria, por el título de ella, y en la cual reconoce algo muy suyo. Luego, la seriedad del material de lectura, denso, completo en el tema, variado, sin unilateralidad, donde puede pasar de un asunto a otro. Por último, la libertad absoluta para manifestar opiniones de todos los credos, de todas las tendencias, de todas las ideas.

La revista *Mapocho* ni siquiera ha formulado un programa. El programa está en la naturaleza de lo que hace dentro de los principios que se han insinuado. El cuerpo de sus colaboradores

reúne principalmente a los escritores jóvenes para quienes las páginas de *Mapocho* no tienen limitación. Desde luego, la revista ha introducido una novedad. El escritor teatral no había tenido hasta ahora, sea por lo que fuere, un lugar donde dar a conocer su producción. *Mapocho* le ha abierto sus páginas. En cada número se publicará una pieza teatral. Nunca faltará un cuento. Siempre habrá poesía. Predominará el ensayo de cualquier género que sea.

En la producción intelectual chilena hay una veta pobre, misérrima, sin relieve ni significación. Es la literatura científica. El ensayo de esta índole, al nivel de la divulgación, es escasísimo. La producción científica misma alcanza una especialización desesperante por su localismo, por lo circunscrita de ella, debido a lo cual carece de irradiación. Sin embargo, las universidades gastan sumas enormes en lo que se llama con énfasis la "investigación científica". ¿Dónde se encuentran positivamente los resultados de estas investigaciones? ¿Qué niveles de originalidad tienen tales investigaciones? Cuesta mucho en Chile, para un editor del carácter de la revista *Mapocho*, contar con la permanencia de artículos científicos de esta índole. Igualmente escasos son los de divulgación científica. Anticipamos esta falla de la revista *Mapocho* y no por falta de interés en publicar esta clase de artículos, sino porque parece no haber un grupo de individuos que quieran elevarse sobre la especialización misma, humanizándola, sacándola del ambiente en que se desenvuelve tan sin horizontes. En un

caso parecido se encuentra la sociología aplicada a los fenómenos nacionales.

Hay como una especie de temor de dar a conocer lo que es la colectividad. El ensayo político de alto vuelo no hay quién lo escriba, y si alguien lo hace, la opinión es sospechosa, porque se torna partidista. Creemos que los individuos dedicados a estos estudios se han encastillado por falta de oportunidades para darse a conocer. *Mapocho* aspira a contar con un cuerpo de colaboradores de esta condición y espera que, con el tiempo, las páginas de la revista presenten a los científicos chilenos en el rango que les corresponde.

Tales son los ideales —no el programa— del Editor de la revista *Mapocho*.

GUILLERMO FELIU CRUZ.